

hacía, sentía una verdadera pasión por el marqués de la Oliva, quien había pensado en casarse con ella por sus muchas riquezas.

La duquesa tenía una preciosa niña de siete años: sólo rodeando á esta criatura de cuidado y de cariño había conseguido el marqués hacerse dueño del corazón de su madre.

El día mismo en que supo que María de la Gloria poseía la música con tanta perfección, resolvió hacer un instrumento para sus fines de la inocente niña, hija de la mujer á quien había jurado un eterno cariño.

Desesperado de no poder entrar por ningún medio en casa de las huérfanas, pues sabía por Rosa y su prometido que nadie las visitaba y que jamás salían, hizo comprender á la duquesa que su hija Nélide debía ya empezar el estudio de la música y le habló de una joven que podía servirle de excelente maestra, encargándole las ventajas de que se encargase de su enseñanza una persona de su sexo.

La duquesa cayó en el lazo y Carlos fué bastante sagaz para conseguir de ella el billete que le hemos visto presentar á María y que le sirvió de pretexto para introducirse en su casa.

Retiróse lleno de contento; su obra estaba acabada, porque desde el día en que había visto entrar á la joven en aquella casita de tan pobre y mezquina apariencia, juzgó, llevado por la

bajeza de sus sentimientos, que era de conducta equívoca, y en este sentido habló de ella á sus amigos; mas no bien supo que eran tres hermanas y que vivían solas, su maledicencia tomó mayor incremento y ya no designó su casa más que con el apodo de *un nido de palomas*.

## XVII

### Más explicaciones de la autora.

El conde D..., por ese fanático culto que profesaba á todas las exigencias del gran mundo, siguió viendo al marqués de la Oliva con la sonrisa en los labios, después de la noche del desaffo de este último con el noble y magnánimo príncipe de Cellemare.

Ya sabemos que el marqués no oyó las palabras del esposo de Clotilde por estar desmayado; así, pues, cuando volvió á encontrarle en el mundo y el conde le preguntó con admiración por la causa de su herida, el marqués le respondió con indiferencia que la debía á un lance ocasionado por el juego.

En seguida entabló su conversación favorita y preguntó al conde si conocía el famoso *nido de palomas* de la calle de San Bernardino.

—Algo he oído hablar de él—contestó el conde;—es la conversación del día en las reunio-

nes de hombres solos; pero—añadió—dígame usted, porque no estoy bien enterado, ¿qué nido es ese?

—Una casita muy pobre y extraviada en la cual viven tres jóvenes que son tres ángeles de belleza; una de ellas es aquella que nombré á usted el último día que tuve el gusto de comer en su casa.

—¿La joven rubia que quería comprar camelias?

—La misma.

—He oído elogiar la belleza de esas muchachas—repuso el conde—y me han ponderado además su juventud.

—No cuenta todavía diez y ocho años la mayor, la cual lleva el poético nombre de Ofelia; le sigue en edad María de la Gloria, que es una belleza celestial, y tendrá diez y siete, y la última, acaso la más hermosa de las tres, acaba de cumplir diez y seis primaveras.

Dejó escapar el conde un hondo suspiro; esta edad contaba Clotilde cuando él la conoció, y sus desgracias presentes le exageraban toda su pérdida felicidad y le hacían más punzantes los halagüeños recuerdos de lo pasado.

Aun estaba sumergido en estos tristes pensamientos cuando se acercó á él el príncipe de Cellemare; se asió de su brazo, y sin mirar siquiera al marqués de Oliva, se alejó con el conde á tra-

vés de la muchedumbre que llenaba los salones de la embajada de Francia, donde se encontraban.

—¿Qué decía á usted ese hombre que así se ha preocupado?—preguntó el príncipe al esposo de Clotilde.

—Me hablaba del nido de palomas que hoy ocupa la atención de tantos jóvenes de nuestra aristocracia.

—Él ha hecho tan tristemente célebres á esas pobres criaturas—contestó Cellemare con indignación.

—¡Cómol

—Sí, amigo mío, desde el día en que ese hombre vió á una de ellas entrar en una modesta casa ha hecho mil perversas suposiciones acerca de ella y de sus hermanas y las ha dado por ciertas; por eso la solitaria calle en que viven se ve hoy cruzada sin cesar por los jóvenes más libertinos de Madrid, quizá sin que ellas mismas lo sepan, pues yo he visto siempre escrupulosamente cerrados sus dos pobres balconillos. Crea usted, á los instintos de mi alma, Augusto, esa miseria se oculta, y la miseria pudorosa debe ser siempre respetada.

—Yo quisiera ver á esas jóvenes—dijo sombriamente el conde;—mi corazón necesita distraerse, olvidar... ¡Honorio, yo ansío, yo necesito enamorarme de otra mujer que separe mi pensamiento de Clotilde!

—Entonces, amigo mío, cumple usted todas las secretas é infames miras del marqués.

—¿Piensa usted, pues...?

—Pienso que ese hombre ha querido excitar la curiosidad de usted para ver si logra hacerle infiel á la condesa; él conoce demasiado el corazón de la mujer, y sabe que á veces el orgullo herido la precipita en abismos adonde no puede conducirla el amor con toda su magia.

—¿Y qué me importa que ella ame á quien quiera?—exclamó amargamente el conde.—¿No estoy bien seguro de que no me ama á mí?

—Nada diré á usted para contrarrestar esa fatal creencia, que veo, por desgracia, demasiado arraigada en su alma—repuso tristemente el príncipe;—sólo le ruego que espere.

—No, no—exclamó Augusto—esta situación me mata: paréceme que amo más á mi esposa desde la pérdida de mis ilusiones; necesito que me pertenezca un corazón virginal y puro, que no se haya abierto aún á ningún otro amor en la tierra! ¡Necesito hallar de nuevo lo que soñé hallar en Clotilde, lo que anduve buscando toda mi vida! ¡Un corazón que fuese mío, únicamente mío! Hay mujeres de vida borrascosa que tienen el corazón virgen de todo amor; alguna de esas jóvenes debe ser pura, al menos de alma y de sentimientos, y eso me basta; además ¡cuán grato será para mí sacarla del abismo del vicio,

si realmente ha caído en él! ¡Déjeme usted probar, Honorio, déjeme usted probar, lo quiero... lo necesito!...

Guardó silencio el príncipe ante tan vehemente razonamiento; el conde, desde el día siguiente, se ocupó de buscar una de esas mujeres despreciables, mensajeras de infamia y que atraen á las jóvenes á sucumbir entre lazos tan bien urdidos que parecen inspirados por el mismo Satanás; encontróla fácilmente, mas en vano con diferentes pretextos intentó subir esta mujer á la habitación de las señoritas Valdés; el señor Martín y la señora Antonia, que no formaron un juicio muy favorable de su talante, la despedían siempre *con cajas destempladas*, como ellos decían.

El príncipe, por su parte, vivía solitario y melancólico; no buscaba el amor; la profunda convicción en que estaba de que los sinsabores que había ocasionado á su madre habían minado la salud de ésta de un modo irremediable, le hacía acusarse de su muerte durante las largas horas de soledad de su helada vida.

Ni siquiera pensaba en salir de España; agradábanle su hermoso y alegre cielo, sus costumbres y el carácter de sus habitantes, y en medio de su aislamiento apenas se preguntaba si viviría mejor en cualquiera otra nación del globo.

Un día que había asistido á una comida de

jóvenes del gran tono, amentzada por dos ó tres bailarinas extranjeras, volvió á su casa dolorosamente afectado; todos habían hablado con curiosidad é interés del *nido de palomas*: era la cuestión capital de todos los calaveras el penetrar en aquella blanca y humilde casita; pero en la imposibilidad de lograrlo, todos aseguraban que eran *amigos íntimos* de sus candidas habitadoras, y que sabían cuanto había que saber de sus usos y costumbres.

Sin embargo, nadie se atrevía á hablar de aquellos usos que se afectaba conocer tan perfectamente, y esta discreción forzada se asemejaba á una discreción más insultante para las que lo ocasionaban que el lenguaje más libre.

Al penetrante talento del príncipe, á su delicado instinto, no se podía escapar que era falso cuanto aquellos hombres decían; al día siguiente esperó á que se hiciera de noche, tomó un bolsillo lleno de oro y se dirigió al nido de palomas.

Nada es comparable á la sensación de bienestar y de placer que causó al príncipe el aspecto de aquella casita y sus habitadoras; había en todo un perfume de modestia, de candidez y de santidad que apartaba de la mente todo mal pensamiento y la preparaba para ideas dulces y suaves.

Mas al descubrir la pálida y hermosa figura

de Ofelia desmayada, el corazón de Cellemare dió un vuelco en su pecho, palideció y tuvo que apoyarse en la pared para no caer: la semejanza de la joven con la princesa Honoria, su madre, era tan prodigiosa, que Cellemare, cuya imaginación era en extremo poética y entusiasta, creyó verla de nuevo en la tierra hermosa y rejuvenecida.

Puede juzgarse de su dolor, cuando después de su piadosa estratagema para hacerles aceptar la suma que les había destinado, oyó al anciano doctor la confirmación de todo cuanto se decía.

Ya no dudó, porque aquel hombre de blancos cabellos había hablado con el acento de la verdad.

Perdido, loco, al ver desvanecido el encanto que durante algunos instantes le había rodeado, encanto el más poderoso que en su vida había sentido, se lanzó á la calle en pos del doctor.

Ya hemos visto que en aquella misma noche habían logrado penetrar también en casa de las huérfanas el marqués de la Oliva con la carta de la duquesa y la infame mensajera del esposo de Clotilde.

¡Pobres palomas! De las tres, las dos más jóvenes se veían acosadas por los traidores lazos de cazadores astutos, en tanto que la otra moría... de miseria y de pena.

## XVIII

## Doña Sinforosa.

Dulce, templada y alegre apareció la mañana del día en que Blanca debía ir á casa de la joven pintora, á quien iba á servir de modelo.

Fuerza es que penetremos en esta casa para que mis lectores conozcan otro de los personajes de mi historia.

«Muchos van ya conocidos,» dirá quizá alguno impaciente por llegar al fin de ella; pero yo me veré obligada á contestarle que lo que escribo, más bien que una novela, es una serie de cuadros de costumbres que, unidos, presentan las terribles peripecias de un drama palpitante de vida y de pasión...

Yo diré sin rebozo y con toda sinceridad que el objeto de mi historia es presentar á los ojos de la mujer todos los medios de que se puede valer el hombre para derrocar el edificio de su virtud; quizá lo que escribo no es enteramente ficción mía; tal vez en ello haya mucho copiado del natural; mas como quiera que sea, no te quejes, lector mío, si te hago conocer una decena de personajes, que mayor número que éste se suele emplear para conducir hábilmente muchas

insignificantes intrigas ó para conseguir culpables caprichos.

Ven conmigo, pues, á un cuarto segundo de la calle Mayor de esta coronada villa, y figúrate que has subido una escalera con pasamanos de madera y que te hallas á la puerta de una habitación de mediana apariencia.

Pero antes de pasar adelante debo hacerte una advertencia por si acaso no has residido nunca en Madrid.

Muchas son las personas de muy regular posición que viven en él en cuartos terceros y aun cuartos; no hay en la corte esa preciosa independencia que se disfruta en nuestras provincias, en las cuales tiene cada uno para sí y su familia una casa completa y cómoda, por reducida que sea; las habitaciones de Madrid son jaulas, pues el excesivo precio de los terrenos y la necesidad de acumular dinero en un suelo donde la vida es tan cara hace que los caseros aprovechen sus propiedades hasta rayar en lo inverosímil.

Así, pues, la persona que vive en cuarto principal ó segundo puede asegurarse que disfruta de algunas comodidades, aunque su casa sea de muy modesta apariencia.

Modesta era á la verdad la de la casa adonde te he conducido, á pesar de estar situada en una de las mejores calles: un portal pequeño, aunque muy limpio, llevaba á una escalera de yeso,

pero blanco y casi tan liso como si fuera estuco.

La puerta del cuarto segundo era igual á la del principal; ambas ostentaban un lindo barniz azul y un cordón de seda para llamar, que terminaba por una gruesa borla.

Abierta la puerta del cuarto segundo, lo primero que se presentaba á la vista era una antecámara cuadrada y adornada con cierto buen gusto, consistente, sobre todo, en la sencillez y propiedad de sus muebles; guarnecía una banqueta de piel oscura, y sobre ella se veían clavados en la pared algunos colgadores de hierro que patentizaban las muchas visitas de la casa.

Otra salita algo mayor la seguía, amueblada también con extraordinaria sencillez; sillas azules de tapicería de una linda tela de lana y seda, un hermoso y cómodo diván del mismo género, una mesa de mármol, que sostenía un gran espejo, y algunos cuadros de escasisimo mérito componían su mueblaje.

En aquella salita estaba sentada la vieja que vimos ir á buscar á la inocente Blanca; parecía á la luz del día más fea aún y más horrible que alumbrada por el velón de Malvina; sus facciones, duras y negras como el cordobán, se destacaban de entre los blancos pliegues de una cofia colosal adornada con lazos de color de rosa subido; á pesar de ser sólo las diez de la mañana,

tenía ya puesto un vestido de vivos y abigarrados colores, guarnecido de volantes; cubría á medias su anguloso talle una manteleta de terciopelo verde, orlada de un rico fleco de igual color, y ostentaba mangas y cuello de un precio muy subido.

El aspecto humilde y pobre que llevó á casa de las huérfanas había desaparecido; pero quizá era mucho más horrible el que ahora ofrecía.

Respondía esta vieja al nombre de doña Sinforosa, el cual no aseguraría yo que fuese el suyo, ni aun el primero, porque hubiese cambiado el que le pusieron en la pila bautismal.

Sentada en una cómoda butaca, azul como la sillería, y colocada junto á los cristales del balcón, recibía un rayo de sol que, tan benéfico como hermoso, no se avergonzaba de iluminar aquella faz innoble y descarnada.

Enfrente de la puerta que daba entrada á la salita, ocupada á la sazón por doña Sinforosa, había otra puerta que llevaba á varias habitaciones interiores.

En un ángulo de la misma sala había otra puerta cerrada, que daba paso á otros departamentos de la casa, sin duda de los mejores, según su situación y el sitio que, en su repartimiento, debían ocupar.

Durante algún tiempo permaneció doña Sinforosa sin más movimiento que el que imprimía

á sus huesosos dedos, y por el cual se conocía que estaba sacando cuentas; luego se levantó, mascando algunos improperios, y fué á tirar del cordón de la campanilla.

Pero nadie acudió á su sonido ni á otros dos más fuertes que se siguieron.

Por fin, el cuarto tirón fué tan terrible que casi arrancó el cordón y tuvo la virtud de atraer al umbral á una linda muchacha de fisonomía lista y avispada.

—¿Estás sorda, maldita?—gritó doña Sinforosa con voz chillona.

La joven se arregló con sorna los pliegues de su pomposa falda y preguntó sin alterarse:

—¿Qué se le ofrece á usted?

—En primer lugar, desvergonzada, encargarte que tengas más cuidado cuando yo llamo.

—Será usted servida—dijo irónicamente la muchacha dando dos pasos para salir.

—¡Pero se va esa infame!... ¡Pepa! ¡Pepa!

Pepa volvió sin darse prisa.

—¿Crees que ya he acabado de hablar, picona?

—Es que es menester que no gaste usted tanta calma, porque yo tengo que hacer—dijo Pepa con mucha cachaza.

—¿Has compuesto mi vestido de seda de cuadros que te mandé anoche?

—Está á medio arreglar.

—¡Ah malvada!—gritó con todos sus pulmones doña Sinforosa.—¿En qué has pasado, pues, la mañana?

—¡No hay duda que me guarda usted muy bien el sueño!—dijo la fresca voz de una joven que apareció en el umbral de la puerta, que ya he dicho estaba cerrada al extremo de la sala.

Mucho tenía de graciosa aquella súbita aparición; la joven, envuelta en un largo peinador de muselina, se asemejaba á una bella estatua, y nada podía darse más lindo y animado que su rostro.

Era una de esas esbeltas hijas de Madrid, pequeña, delgada, dé tez morena y algo pálida, de cabellos y ojos negros, de actitudes calculadas y llenas de coquetería.

Sus manos, que había apoyado cruzadas en el marco de la puerta, y sus pies, que se vislumbraban á través del delicado tejido de su bata, calzados con unas babuchas verdes, no decían mucho en favor de la excelencia de su raza, pues eran bastante gruesos y comunes, aunque de una blancura deslumbradora.

Todo en ella anunciaba una naturaleza material y voluptuosa: su cuello, de un trigüeño claro y mate, estaba cruzado por gruesas venas azules; su cabello, negro y rizado, era basto y reluciente; tenía los ojos pequeños, pero llenos de viveza, adornados con gran lujo de cejas y pes-

tañas, y su nariz, corta y un tanto remangada, aunque de forma muy graciosa, acababa de dar á su fisonomía un aire de resolución y de orgullo muy notables.

En suma, conocíase que aquella mujer era poco pensadora; que su imaginación era tan menguada como grande el desarrollo de sus sentidos, y que su vida era el placer y las comodidades, en las cuales, sin embargo, no parecía haber nacido.

Leíanse violentas pasiones en su frente, estrecha y deprimida por su parte superior, y se conocía claramente que era terca é iracunda.

—¿Por qué riñe usted á Pepa?—dijo mirando colérica á doña Sinforosa, después de su primera furiosa exclamación.

—¿Por qué ha de ser? Porque es una holgazana;—contestó la vieja con humildad.

—Vete, Pepa;—dijo la joven á la doméstica.

—Señorita—observó ésta—he estado ocupada de orden del señor coronel.

—Paulina, que así se llamaba la joven, hizo una señal á Pepa, quien salió del cuarto en seguida; después, aquella abandonó el umbral, que hasta entonces le había servido de apoyo, se acercó á la vieja, se cruzó de brazos y le dijo poniéndose delante de ella:

—Prohibo á usted que riña á Pepa.

—Es preciso, hija mía, es una holgazana y...

—Repito que prohibo á usted que la riña.

—Está bien; pero una vez que estando tú no tengo voz activa ni pasiva en esta casa que es mía, saldrás al instante de ella con tu Pepa.

—¿Salir yo de esta casa?—repitió Paulina con una risa triunfante y casi salvaje;—¿salir yo de aquí? Vaya, buena Sinforosa, chochea usted. ¿No la paga para mí el coronel? ¿No es mío todo cuanto hay dentro de ella?

—Pero la casa era mía antes...

—Ha dejado de serlo desde que la paga el coronel; míos eran también, hace poco tiempo, mis hermosos vestidos de raso celeste y de crespón blanco con jazmines y ya no lo son desde que Celina, la comprimaria de la Opera me los ha comprado.

—Entonces me iré yo.

—No hará usted tal si no quiere ir adonde jamás le dé el sol. Eduardo y yo necesitamos á usted; es preciso que yo siga pasando por pintora y usted por mi madre hasta que él disponga otra cosa.

—¡Es que ya me canso!...

—¿Tan mal le paga?... ¡Vaya! ¿De qué manera podría usted ganar dos duros diarios, señora Sinforosa? Ni aunque volviera á...

—Bien y ¿por qué no se casa contigo?

—Quizá porque yo no quiero.

—¡Bah! ¡bah!, chica, ahora te podía yo decir

lo que decía la zorra de la fábula á las uvas que no podía coger: *¡están verdes!*

Encendióse la frente de Paulina, no de rubor sino de ira, hirió el suelo con su planta y gritó con enfado:

—¿Quiere usted dejarme en paz? Es verdad que Eduardo nunca ha hablado de casamiento; pero lo mismo sería, porque le amo demasiado para tomar un nombre que no puedo honrar.

—¡Vaya unos escrúpulos! —exclamó riendo Sinforosa.

—Usted no puede comprenderlos, bien lo sé; pero yo sí—dijo Paulina tristemente;—tan imposible es que el Excmo. Sr. D. Eduardo Vélez, marqués de Vélez, se case con Paulina *la Malpeinada*, como tocar al cielo con las manos.

—¿Qué manía tienes de recordar ese apodo á cada instante?

—Es el que me daban en la academia de pintura á causa de mi pelo rizado, que jamás quería estarse quieto, y el que me siguieron dando todos en casa de usted cuando me recibió hace dos años; yo me complazco además en recordarle para no pensar jamás en que Eduardo pudiera casarse conmigo; es, en fin, un amuleto con el cual conjuro las tentaciones.

Las últimas palabras de la joven se confundieron con el ruido que hizo la puerta al abrirse.

Volvióse Paulina y, lanzando un grito de ale-

gría, corrió á echarse en los brazos del coronel, que apareció en el umbral.

## XIX

## Paulina.

Más hermoso, más elegante, más alegre que cuando le vimos en la comida que tuvo lugar en casa del conde D... la noche en que principió esta historia, se apareció el coronel Eduardo Vélez á los ojos de la joven Paulina.

Abrazóle ella con ese transporte apasionado que parecía la base principal de su carácter, y luego se puso á contemplarle con una especie de concentrada adoración, apoyando en el brazo derecho del coronel sus dos manos cruzadas.

—¿No quieres que nos sentemos, Paulina mía?—preguntó Eduardo mirando á la joven con cariñosa sonrisa.

—Aquí no, Eduardo—contestó ella;—vámonos á mi cuarto.

Tendió el coronel la vista por la estancia para ver si descubría el motivo que obligaba á dejarla á Paulina, y entonces se aperebió de la presencia de doña Sinforosa, que se había puesto en pie en actitud humilde y obsequiosa.

—Buenos días, bruja—dijo mirándola con burlona sonrisa;—¿viste anoche al conde?